

Opinión y participación

LOS INVISIBLES



Cuaderno de mano

Guillermo Busutil

► Escritor y periodista
www.guillermobusutil.es

Cada día nos cruzamos con los invisibles. No sabemos el número exacto porque no los vemos. Nuestra mirada los niega, los repudia, los esconde. No encuentran sus ojos el corazón de los nuestros. A su altura el gesto leve de una sonrisa. Tampoco el silencio educado del respeto. Sólo los miramos de lejos o de soslayo para evitarlos a nuestro pasado u olvidarlos enseguida como sombras efímeras al fondo de la vida. Ese lugar en el que habitan los reclusos perpetuos de la pobreza y sin casa que en España alcanza la cifra de 30.000 personas, y de las que cada 20 días una muere a causa de una agresión, según los datos de RAISFundación. Uno de los últimos fue **Steven Frank**. Un vagabundo de 51 años encontrado hace un mes en el andén de Cercanías del aeropuerto de Málaga. La autopsia certificó que falleció ahogado con su propio vómito. La noticia mostraba en cambio una humillación indigna para cualquier ser humano. Tenía las manos y los pies atados con bridas a un banco, los calzoncillos a media pierna, dos lonchas de jamón sobre sus glúteos y los genitales dentro de una lata de atún. Unos días antes en Daroca unos vecinos salvaron a una mujer de 39 años de ser quemada por dos jóvenes tras propinarle una paliza. Otros tienen más suerte -que difícil ponerle temperatura a esta palabra- y sólo les orinan encima

cuando duermen.

La muerte de Frank no ha sido en vano. El Observatorio de Delitos de Odio contra Personas sin Hogar nos ha llamado a la vergüenza y la atención para que sepamos, a pesar de que no queramos ver la indignancia errabunda alrededor de nuestro precipitado tiempo en bonanza, que en nuestro país el 81% de las personas deshabitadas ha sido víctima de delitos de odio en más de una ocasión. Lo lamentable es, como explica su coordinadora **Maribel Ramos**, sólo el 13% se atreve a denunciar. El miedo a sufrir represalias y las barreras con el idioma son algunas de las razones por las que estos pájaros sin alas, a los que una parte de la sociedad considera furtivos en medio del precario bienestar, prefieren cambiar de esquina, de parque, de cajero o la calle de su naufragio. También les vemos en algunas ciudades proteger la frágil integridad de los muñones de su dolor, en grupos acunados por el alcohol en el fondo de la noche, y de los que parece salir un aullido de humo.

Aplazar la agresión que los cerca con su amenaza es lo único que consiguen. La OSCE (Organización para la Seguridad y Cooperación de Europa) sitúa a España en el puesto octavo entre los 41 países en los que se produce este tipo de delitos que registró en nuestro país 1.328 casos en 2015, y que no deja de sumar víctimas anónimas del odio alimentado por la intolerancia hacia los pobres y cuya primera víctima se produjo en noviembre de 1992. Cuatro encapuchados entraron en la discoteca *Four Roses* de Aravaca, en la que los inmigrantes se sentían a salvo del "Stop Inmigración" tatuado en rojo en su fachada, y dispararon a bocajarro a la joven dominicana de 22 años **Lucecía Pérez**. Los acusados reconocie-

ron en el juicio que no se trató de ningún ajuste de cuentas, sino de dar un escarmiento a los negros. Más tarde, en 2005 dos jóvenes rociaron con disolvente a **Rosario Endrinal** en una calle de Barcelona y dejaron que se abrasara entre gritos en brasa viva. Y cuatro años después cinco jóvenes le dieron una paliza a un mendigo que dormía en un fomatón de Moncloa y lo dejaron en coma. "Los mendigos no son personas humanas. Son cánceres de la sociedad que deberían ser extirpados". Esta declaración durante el juicio parece avalar las miserables actuaciones de los violentos energúmenos que practican de noche lo que denominé cacería del zorro en un relato de 1999 de mi libro *Individuos S.A.*

Un odio racial que aumenta por el empuje de la crisis económica, y el gran flujo migratorio provocado por las guerras, el hambre, el instinto de supervivencia. Nadie renuncia a buscar la oportunidad de una vida digna. Pero tampoco a nadie le gusta tener la pobreza del Tercer Mundo a la puerta de su casa, aunque lean periódicos arrugados y libros rescatados de la basura en un hermoso acto de rebeldía y del fracaso instruido que **André Kertész** retrató en blanco y negro entre 1915 y 1970 y rescata ahora una bella edición de *Periférica&Errata naturae*. Su marca tenaz de lo caduco nos recuerda lo poco que le importa a la bulimia del poder financiero convertir a padres de familia, a tra-

bajadores esforzados y a personas con la suerte torcida en individuos desheredados. Nos causa miedo reconocerlos en ellos y por tanto imposibilitamos sentir cualquier empatía hacia ese prójimo inútil al que enseguida se identifica con la delincuencia y se le etiqueta de escoria.

Lo que desconcierta es que los agresores sean, además de los grupos neonazis, chicos de clase bien cargados de fiesta que se embriagan de violencia. Una evidencia a la que **Maribel Ramón Vergeles**, coordinadora del *Observatorio Hatento* añade, avalada también por *Ahora Madrid*, que en un 68,4% de las agresiones los testigos no hicieron nada. Destaca igualmente que la propia policía lleve a cabo identificaciones discriminatorias, comportamientos vejatorios y agresiones físicas en su trato con los hijos de nadie de la calle.

A pocas voces se les escucha o se les hace caso cuando explican que es errónea la creencia de que la criminalidad es una consecuencia directa de los niveles de pobreza y desigualdad. Y que el crimen no es algo que personas honestas y educadas practican cuando pierden su trabajo. Es más, entre la gente más rica del mundo, especialmente en Latinoamérica y en África, se encuentran bastantes criminales, y que muchos de los políticos son bastantes más ricos cuando salen que el día en el que entran.



DE LA SOLEDAD

A media voz

Jesús Aguado



La soledad es una oportunidad para dejarse observar por el mundo y, de paso, descansar de nuestra propia mirada, de nuestros pensamientos, de nuestras actividades diarias, de nuestras inercias conceptuales y de nuestros miedos. Gracias a la soledad se abren espacios para madurar y para entender dónde hay que buscar la felicidad (felicidad para uno y para los demás), donde hay que situarse para que la felicidad le encuentre a uno. Pero nuestro modelo de civilización, por desgracia, nos obliga a soledades improductivas y tristes, a aislamientos tenebrosos, a convertir la soledad (y a los solitarios: ancian-

nos, enfermos, raros, dementes, sin techo, refugiados) en brusca administradora de crueldades. La palabra (la poesía, el pensamiento, la conversación) puede ayudarnos a entender esto y a transmutarlo en algo positivo. Porque no hay amor sin soledad ni soledad fructífera sin amor y la palabra, cuando está limpia de dominaciones y potestades y se atreve a respirar a pleno pulmón, ayuda a que las piezas encajen.

Existir es comprender, entre otras cosas, que uno es dos: el que vive dentro de uno y el que se fuga de uno. Y usar ese desdoblamiento, de la mano de la soledad, para alcanzar el objetivo final de la reunificación de ambos, para cicatrizar la herida esencial producida por esa ruptura. La buena soledad cura, junta bordes abiertos, cose, desinfecta. Esa es lo que logra la poesía, en sentido amplio (como sentido que no encarcela, como alma inscrita en cada cosa y en

cada acción), y por eso es casi lo único que podrá salvar al mundo. Todo lo demás, pero cómo explicar esto, está vendido al apocalipsis, a la hecatombe, al vórtice de alguna de las enloquecidas nadas que nos acechan por los cuatro costados. Cómo explicar, además, que la conciencia se pone a hablar (el canto, el poema, la fórmula ritual, el susurro de los enamorados, la novela, el tratado filosófico, el mito) en medio de la materia bruta, que de ahí ha surgido lo mejor de la especie y que es ahí a donde tiene que regresar la especie para salvarse a sí misma. Cualquier cosa que uno haga (arar, rezar, comerciar, poner ladrillos, escribir, caminar...) es una poética, es decir, una reflexión sobre la utilidad de eso que hace para la vida. Nuestra ocupación central debería ser hacer buenos poemas (con el arado, con los ladrillos, con las monedas, con el ordenador, con los pies, con la

boca...) y quedarse a vivir dentro de ellos el tiempo necesario. El tiempo necesario significa: hasta que la soledad no le haga sentirse roto sino, al contrario, reunido, integrado, disponible de nuevo para lo mejor de la vida.

La soledad le da a uno la oportunidad de disfrutar, desde lo más profundo, desde lo que uno es de verdad, de lo que uno puede llegar a ser sin escuchar cantos de sirena, de lo que uno va siendo en medio del tráfico y las dificultades y las zancadillas que el mundo le va poniendo en su avanzar cotidiano, de lo que uno podría ser (su mejor yo o, para seguir con el razonamiento anterior, sus dos mejores yoes) sin venderse al postor más insistente o más despiadado o con más capacidad para seducirnos contra nosotros. No hay que tener miedo a la soledad sino usarla en beneficio propio y de los demás. La soledad sonora de la que hablaba el poeta y la soledad silenciosa a la que se refería el místico. La soledad como fuente de autococonocimiento y de dicha universal. La soledad que no mancha. O algo parecido.